La página viva

Los vivaces muertos de Quevedo

José de la Colina

Pa recióme, pues, que veía un mancebo que, discurriendo por el aire, daba voz de su aliento a una trompeta, afeando con su fuerza, en parte, su hermosura. Halló el son obediencia en los mármoles y oídos en los muertos, y así al punto comenzó a moverse toda la tierra y a dar licencia a los huesos, que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando el tiempo, aunque fue breve, vi a los que habían sido soldados y capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgándola por señal de guerra; a los avarientos, con ansias y congojas, recelando algún rebato, y los dados a vanidad y gula, con ser áspero el son, lo tuvieron por cosa de sarao o caza. Esto conocía yo en los semblantes de cada uno, y no vi que llegase el ruido de la trompeta a oreja que se persuadiese a lo que era. Después noté de la manera que algunas almas huían, unas con asco y otras con miedo, de sus antiguos cuerpos: a cuál faltaba un brazo, a cuál un ojo. Y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la Providencia en que, estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponía las piernas ni los miembros de los vecinos. Sólo en un cementerio me pareció ver que andaban destrocando cabezas y que vi a un escribano que no le venía bien el alma y quiso decir que no era suya, por descartarse della.

Después, ya que a noticia de todos llegó que era día del Juicio, fue de ver cómo los lujuriosos no querían que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí; los maldicientes, las lenguas; los ladrones y matadores gastaban los pies en huir de sus mismas manos.

Y volviéndome a un lado, vi a un avariento que estaba preguntando a uno que, por haber sido embalsamado y estar lejos de sus tripas, no hablaba porque no habían lle-

gado, si habían de resucitar aquel día todos los enterrados, si resucitarían unos bolsones suyos.

Riérame si no me lastimara a otra parte el afán con que una gran chusma de escribanos andaban huyendo de sus orejas, deseando no las llevar por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habían perdido por ladrones; que por descuido no fueron los más.

Pero lo que más me espantó fue ver los cuerpos de dos o tres más mercaderes, que se habían vestido las almas al revés y tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha.

“El sueño de las calaveras” es parte de un libro publicado en 1627 con el título de *Sueños y Discursos de Verdades Descubiertas de Abusos, Vicios y Engaños en todos los Oficios y Estados del Mundo. / Por Don Francisco de Quevedo Villegas, Cavallero del Orden de Santiago, y Señor de Juan Abad*, y en el que un turbulento y peleón escritor, que en ese momento tiene sólo veintiséis años pero ya es maduro de mirada y escritura, nos da, a un lado de sus obras maestras de poesía conceptual y barroca, una de sus obras maestras en prosa, una especie de crónica funeraria y vivaz del valle del Juicio Final, un gran fresco mural y moral de la sociedad española de finales del siglo XVI y de los comienzos del XVII en los que empezó a declinar el imperio “en cuyos dominios no se ponía el sol”. En el carnaval macabro y carcajeante que organiza para la risa y el escarnio, Quevedo pone a danzar la multitudinaria runfla de muertos (alguaciles, médicos, boticarios,

sastres, avaros, putas, putañeros, ladrones, falsarios y, en fin, pícaros y malhechores de toda laya) que, animados de una vivacidad caricaturesca y post mórtem, y gesticulando, muequeando, vociferando, lloriqueando, imitando de diversas maneras la verdadera vida, persisten en aferrarse a sus vanidades, sus hipocresías y ruindades. Así, el gran maese titiritero, en ácida contraparte del Maese Pedro de *El Quijote*, arma su retorcido retablo cómico más vengativo que vindicativo y quema a sus remedos de humanidad en la grande y chisporroteante hoguera de una prosa que, riéndose de todos, los juzga y deja sueltos sin salvar ni perdonar a ninguno.

De Quevedo ha dicho Borges que es toda una literatura pero que su grandeza es casi exclusivamente verbal, pues no llegó a crear un personaje de universal vigencia, como la Celestina o Don Quijote o Hamlet o Fausto. Quizá, pero si el señor de la Torre de Juan Abad, gran poeta y gran prosista, no logró (y quizá ni siquiera intentó) poner en pie personajes de real densidad humana (aunque dejó *tipos* amonedados en retratos como el del Buscón y el Dómine Cabra, o sublimados en algún soneto como el dedicado al duque de Osuna, que dice, en inolvidables endecasílabos, que “su tumba son de Flandes las campañas / y su epitafio la sangrienta Luna”), en cambio se convertiría él mismo en su propio personaje y se vería trasmutado en un picardiento, chocarero y sucio famoso protagonista de los chistes populares españoles o en el esgrimista cortesano y filosofante que, en una renovada novelería de capa y espada, acompaña en ebriedades, reyertas y heroicas intrigas al azañoso capitán Alatríste. **[U]**